Prólogo

El ritmo de la intemporalidad

> El tiempo es lo único en que todos estamos de acuerdo en llamar sobrenatural
>
> HALLDÓR LAXNESS,
> *Bajo el glaciar,* 1968

A los niños que crecen en climas invernales, pocas experiencias en la vida les provocarán alguna vez la misma alegría en estado puro que un día de nieve. A diferencia de los días vacacionales, cuyos placeres pueden verse disminuidos por las semanas de anticipación, los días de nieve son serendipias[1] lisas y llanas. En la década de 1970, en el Wisconsin rural, la radio local de AM anunciaba el cierre de las escuelas mientras nosotros escuchábamos, con el volumen muy alto, temblando de esperanza, a medida que, con una lentitud exasperante, se leían los nombres de las escuelas públicas y parroquiales de todo el condado en orden alfabético. Por fin, nuestra escuela era nombrada y, en ese momento, todo parecía posible: el tiempo había sido anulado temporalmente y los opresivos horarios del mundo adulto se suspendían de forma mágica, en una concesión a la autoridad suprema de la naturaleza.

El día se alargaba generosamente ante nosotros; una expedición al mundo blanco y mudo era lo primero: nos maravillábamos ante la nueva geografía de los bosques que rodeaban la casa y ante la hinchazón de objetos familiares vueltos caricaturas de sí mismos: los tocones y las rocas habían sido equipados con gruesos cojines y el buzón portaba un sombrero ridículamente alto. Disfrutábamos de esas misiones de heroico reconocimiento, sabiendo que serían seguidas por el retorno al acogedor calor de la casa.

En particular, recuerdo un día de nieve cuando estaba en el octavo gra-

[1] Hallazgo valioso que se produce de manera accidental o casual. [N. del t.].

do, esa etapa-umbral en la que uno tiene acceso tanto al reino de la infancia como al de la edad adulta. Por la noche habían caído casi 30 centímetros de nieve, seguidos de vientos helados y cortantes, y, por la mañana, el mundo estaba completamente inmóvil y cegadoramente brillante. Mis compañeros de la infancia ya eran adolescentes, más interesados en dormir que en aprovechar la nieve, pero no pude resistir la perspectiva de un mundo transformado: me abrigué como es debido y salí. Sentí un aire cortante en los pulmones; los árboles crujieron y gimieron de esa manera peculiar que indica un frío intenso. Caminando con dificultad cuesta abajo por la colina hacia el arroyo que corría cerca de la casa, vi una mancha roja en una rama: un cardenal macho acurrucado bajo un sol que no calentaba. Caminé hacia el árbol y me sorprendió que el pájaro no me escuchara; me acerqué un poco más y entonces me di cuenta, con repulsión y fascinación, de que estaba congelado en su percha como cuando aún vivía: parecía un espécimen de ojos de vidrio en un museo de historia natural. Era como si el tiempo se hubiera detenido en el bosque y me permitiera ver cosas que normalmente eran sólo un movimiento borroso.

De regreso en casa esa tarde, aún saboreando el regalo del tiempo libre, con gran esfuerzo tomé del estante nuestro gran atlas mundial y me tumbé en el suelo con él. Siempre me han atraído los mapas; los buenos son textos laberínticos que revelan historias ocultas. Ese día, por casualidad, abrí el atlas en un mapa de dos páginas que mostraba los límites de las zonas horarias de todo el mundo, con unos relojes a todo lo ancho de la parte superior que señalaban la hora relativa en Chicago, El Cairo, Bangkok, etcétera. Los colores pastel del mapa corrían en su mayoría en franjas longitudinales, excepto por algunas elaboradas divisiones manipuladas, como la de China —toda en una única zona horaria—, y por algunos valores atípicos, incluidos los de la isla de Terranova, Nepal y el centro de Australia, donde los relojes se adelantan o retroceden en relación con el tiempo del meridiano de Greenwich (GMT), según alguna cifra extraña que no es un número entero. También había algunos lugares —la Antártida, Mongolia exterior y un archipiélago del océano Glacial Ártico llamado Svalbard— que estaban coloreados en un gris que, según la leyenda del mapa, significaba "Sin horario oficial". Me cautivó la idea de esos lugares que se habían resistido a verse constreñidos por la medición del tiempo, que no tenían minutos ni horas, totalmente eximidos de la tiranía de un horario. ¿Estaba el tiempo congelado como el cardenal en la rama?, ¿o simplemente fluía, sin relojes y sin restricciones, de acuerdo con un ritmo natural más salvaje?

Años más tarde, cuando, por coincidencia o predestinación, terminé haciendo trabajo de campo para mi doctorado en geología sobre Svalbard, descubrí que, de alguna manera, realmente era un lugar más allá del tiempo —o fuera de él—. Ahí, la Edad de Hielo (la glaciación Würm) todavía no había aflojado sus garras: los vestigios de la historia de la humanidad de muy distintas épocas —huesos de ballena desechados por los barcos del siglo XVII que purificaban su grasa, tumbas de cazadores rusos del reinado de Catalina la Grande, el fuselaje desgarrado de un bombardero de la Luftwaffe— yacen esparcidos sobre grandes y yermas franjas de tundra como si estuvieran en una exposición mal curada. También me enteré de que la designación "Sin horario oficial" de Svalbard se debió en realidad a una discusión absurda y prolongada entre los rusos y los noruegos sobre si debía observar la hora de Moscú o la de Oslo; pero ese largo día de nieve de hace mucho tiempo, liberado por unos momentos de las rutinas cotidianas, en el vértice de la edad adulta pero todavía viviendo cómodamente en la casa de mis padres, vislumbré la posibilidad de que hubiera bolsas donde el tiempo permanecía sin definición, amorfo, en el que incluso se pudiera viajar entre el pasado y el presente con igual libertad. Con una tenue premonición de los cambios y las pérdidas que se avecinaban, deseé que ese día perfecto pudiera ser mi hogar permanente, desde el que podría aventurarme, pero al que podría regresar siempre para descubrir que nada había cambiado. Ése fue el comienzo de una compleja relación con el tiempo.

Viajé a Svalbard por primera vez como estudiante recién graduada —más específicamente, como pasajera mareada a bordo de un barco de investigación del Instituto Polar Noruego— en el verano de 1984. Nuestra temporada de trabajo de campo no pudo comenzar sino hasta principios de julio, cuando el hielo que cubría el mar se había roto lo suficiente para permitir una navegación segura. Tres largos días después de zarpar de la Noruega continental llegamos por fin a la costa suroeste de la isla de Spitsbergen, que sería el objeto de mi investigación de doctorado sobre la historia tectónica del área, la cual constituía la extensión más septentrional de la cordillera de los Apalaches, conocida como *plegamiento caledónico*. En mi miserable estado de *mal de mer,* me sentía realmente feliz de que ese día las olas fueran demasiado altas como para que nuestro pequeño grupo pudiera ser llevado a tierra en un bote de goma, porque eso significaba que tendríamos el lujo de hacer un viaje mucho más rápido y seco en helicóptero. Desde la cubierta superior del barco, volamos con todo nuestro equipo y nuestra comida colgando peligrosamente sobre el agitado

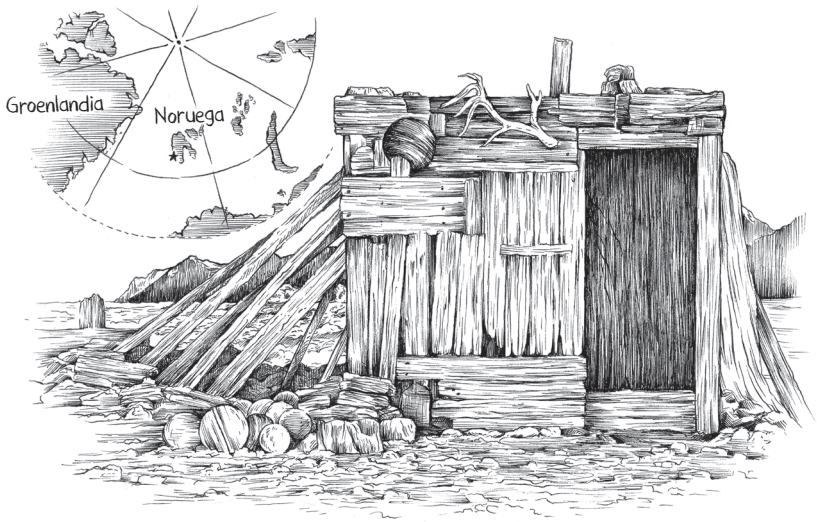

FIGURA 1. La cabaña de Svalbard, en el ártico noruego.

mar, como si fueran una bolsa de cebollas en una red debajo del helicóptero. Cuando nos acercábamos a la isla, recuerdo haber buscado en tierra algún objeto que me ofreciera cierto sentido de la escala, pero las rocas, los arroyos y las manchas de tundra musgosa eran de un tamaño indeterminado; por fin, vi lo que parecía ser una caja de madera para fruta azotada por el clima, y que resultó ser la choza en la que viviríamos durante los próximos dos meses (véase la figura 1).

Una vez que el helicóptero partió y el barco desapareció en el horizonte, nuestro campamento se separó de ese momento al final del siglo XX: la cabaña, o *hytte,* que en realidad era bastante cómoda, había sido construida con madera de deriva por unos ingeniosos cazadores a principios del siglo; llevábamos unos fusiles de cerrojo de la segunda Guerra Mundial como protección contra los osos polares. Aparte de un contacto radial nocturno preestablecido con el barco, que circunnavegaría lentamente el archipiélago tomando medidas oceanográficas durante el verano, no teníamos manera de comunicarnos con el mundo: no escuchábamos las noticias sobre los asuntos de actualidad, por lo que, durante los años posteriores a ese verano y tras las temporadas de trabajo de campo que siguieron, descubrí vergonzosas lagunas en mi conocimiento de los acontecimientos mundiales que ocurrieron entre julio y septiembre: "¿Qué? ¿Cuándo murió Richard Burton?"

Ya en Svalbard, mi percepción del tiempo se desprendió de las referencias normales, lo cual se debió en parte a la luz diurna de verano, que duraba las 24 horas del día —no quiero decir exactamente la luz del Sol, porque el clima puede ser espantoso— y no me proporcionaba indicio alguno de que debía dormir; pero también a mi resuelto enfoque en la historia natural de un mundo riguroso que guarda tan pocos recuerdos de los seres humanos. Así como es difícil juzgar el tamaño de los objetos en la tundra, el espacio temporal entre los acontecimientos del pasado se vuelve difícil de discernir: los pocos artefactos hechos por el hombre que es posible encontrar —una enmarañada red de pesca, un globo meteorológico que se pudría— parecen más antiguos y desgastados que las antiquísimas montañas, sólidas y llenas de vida. Todos los días, perdida en mis pensamientos durante las largas caminatas de regreso al campamento, con la mente aclarada por el sonido del viento y las olas, en ocasiones me sentía como si estuviera en el centro de un círculo, equidistante de todas las etapas de mi vida, pasada y futura, y esa sensación se extiende sobre el paisaje y las rocas: inmersa en sus historias, veo que los acontecimientos del pasado todavía están presentes y siento que incluso podrían repetirse otra vez algún día en una hermosa revelación. Esa impresión es un atisbo, no de intemporalidad, sino de *conciencia* del tiempo, una conciencia aguda de que el mundo fue hecho por el tiempo, en realidad, de que está hecho *de* tiempo.